

Alfonso Domingo

# MOJAR LA PÓLVORA

La historia de la UMD  
y la revolución de los claveles

la esfera  de los libros

# ÍNDICE

1. Los hombres sin sueño .....	11
2. El hallazgo de un símbolo .....	32
3. Los claveles del 25 de abril florecen en España .....	47
4. El Ejército español, la última herencia franquista .....	66
5. Pasar a la acción: militares clandestinos .....	80
6. Misma península, procesos diferentes .....	99
7. Menos mal que nos queda Portugal .....	119
8. La caída: llaman de madrugada y no es el lechero .....	137
9. Exilio en vacaciones .....	156
10. París siempre vale... una rueda de prensa .....	168
11. Las mujeres, segunda línea convertida en vanguardia .....	185
12. El honor sentado en el banquillo .....	200
13. Los insectos que se cuelan por las rendijas .....	220
14. Amnistía, una disolución necesaria .....	239
15. Una conclusión vital .....	255
<i>Agradecimientos</i> .....	275
<i>Entrevistas y fuentes consultadas por el autor</i> .....	277
<i>Bibliografía</i> .....	279

## LOS HOMBRES SIN SUEÑO

*Esta es la madrugada que yo esperaba  
El día entero y limpio  
donde emergimos de la noche y del silencio  
y libres habitamos la sustancia del tiempo...*

«El día inicial»,

poema de SOPHIA DE MELLO BREYNER (Oporto, 1919 - Lisboa, 2004)

«El 25 de abril está en la memoria de todos los portugueses y para orgullo nuestro es considerada la revolución más bonita y más romántica que se ha conocido en todo el mundo. Fui el autor del guion, del decorado, el protagonista, el director y no necesitaba apuntador. La representación comenzó la noche del 24 y duró hasta las 13.30 del 26. Me encerré con seis oficiales en el puesto de mando clandestino de A Pontinha, en Lisboa, corrí las cortinas para aislarnos del exterior. Carecíamos de provisiones. Nos alimentaban la esperanza y la emoción. No dormimos. Los periodistas nos llamaron los hombres sin sueño».

Estas palabras las pronunció Otelo Saraiva de Carvalho, el mayor portugués autor del plan de operaciones de aquella revolución primaveral que cambió el destino de un país y asombró al mundo. Fue en una entrevista para el suplemento *Galicia* de *El País*, en 2008, en el 34 aniversario del 25 de abril. Hasta el final de su vida, Otelo —nombre de personaje teatral donde los haya y cuya figura está indisolublemente ligada a aquella revolución— manifestaba que había querido ser actor desde niño y que le apasionaba el teatro. De alguna manera, aplicaba la dramaturgia a todo lo que hacía. Desde la distancia temporal, puede tratarse hoy la revolución del 25 de abril de 1974 en Portugal como un elemento de ficción, con su conflicto y su desarrollo. La función perfecta.

No es una paradoja: los hombres sin sueño tenían un sueño. Traer la democracia y acabar con una vieja y caduca dictadura que duraba casi cinco décadas y tenía sumido al país en un manto gris y ceniciento, aislado del exterior, con la rémora de unas guerras coloniales y un atraso secular.

Cincuenta años después de aquel estallido es un buen momento para echar la vista atrás y tener perspectiva. Para volver al día, a las horas, donde comenzó todo. Al principio de una historia que tendría sus consecuencias al otro lado de la frontera, en el país vecino de la península ibérica que padecía una larga dictadura. En España, también un país gris, alejado de Europa y de sus instituciones democráticas, un grupo de militares soñaba con algo parecido. En este libro, que cuenta una historia poco conocida de las relaciones de los militares demócratas españoles y portugueses, ha sido importante la palabra presente, así como la palabra pasada, la pronunciada a través de los años, que han dado medida de ese proceso, de ese medio siglo transcurrido. Entrevistas de aquel tiempo y de años posteriores, así como entrevistas actuales: las voces de los capitanes de abril portugueses y las de los miembros de la UMD, sus mujeres y familias, historiadores y testigos de aquel tiempo tan difícil que ha marcado y definido nuestro presente.

Merece recordarse, pues, aquel 25 de abril, y el golpe de Estado que propició una revolución, una obra que tuvo su preparación, su ensayo, su representación y la participación de miles de personas. Un plan de insurrección de los militares, la mayoría capitanes, de entre veinte y veintitrés años, que exigían el fin de la guerra colonial, elecciones libres y un régimen democrático. Ese plan venía fraguándose desde hacía nueve meses, pero se aceleró días antes. Así que, con la palabra, efectuemos un pase mágico, transportándonos a ese día, y asistamos a los hechos...

Como todos los días hacia las seis de la tarde, el 24 de abril, Carlos Albino llega a Rádio Renascença, en Chiado, Lisboa, para preparar su programa nocturno de poesía y música. Albino, de veintiocho años, es editor del diario opositor *República* y por las noches trabaja como director de *Limite*, un espacio radiofónico donde emite sus poemas y programa música. La emisora pertenece a la red de la Iglesia católica, pero esa noche va a desempeñar un papel decisivo en la rebelión que una gran parte del Ejército portugués prepara contra el régimen dictatorial de Marcelo Caetano, heredero del Estado Novo de Oliveira Salazar. Albino

intenta dominar sus nervios. Ha pactado con el capitán de marina —o como se denomina en Portugal, capitán de mar y guerra— Carlos Almada Contreiras, responsable de comunicaciones de lo que se avecina, la emisión de una canción que será la confirmación de que el golpe para acabar con la dictadura y llevar la democracia a Portugal está en marcha. El contacto con Contreiras le ha sido proporcionado a Albino por Álvaro Guerra, periodista de *A República*. Con su compañero de la radio, Manuel Tomás, el periodista llama a Leite de Vasconcelos, colaborador habitual del programa que ese día no tiene que trabajar porque comienza sus vacaciones y graban unos poemas. Para burlar cualquier sospecha que haga intervenir a la censura, los llamados lápices azules, Albino escribe dos textos poéticos: «Geografía», que trata sobre ríos lusos, y «Revolução solar», que habla de planetas y galaxias. No dejan ambos textos de ser una curiosa metáfora de lo que está por llegar. Leite de Vasconcelos, que no sabe nada, graba ambos, además de dos canciones de Zeca Afonso: «Grândola, Vila Morena» y «Coro da Primavera». En total, y tras el tratamiento musical de la voz de Vasconcelos por parte de Tomás, el bloque radiofónico dura once minutos, algo habitual en *Limite*.

Al mismo tiempo, en otro lugar de la capital portuguesa, algunos de los hombres conjurados que tejen los acontecimientos empiezan a moverse. Son jóvenes. La mayoría no tiene ni treinta años y les anima una extraña fuerza. Tienen diferentes abrigo, pero los mismos pantalones, calcetines y zapatos les delatarían ante un observador eficaz como miembros de un cuerpo uniformado. Han llegado un poco antes de las nueve de la noche a la calle Castilho, y disimulan como pueden sus nervios encerrados en sus coches, aparcados a lo largo de la calle. A veces salen y reciben la fresca brisa que llega desde lo alto del Parque Eduardo VII. Pertenecen al 10.º Grupo de Comando, al mando del mayor Costa Neves, con el mayor Campos Moura y el capitán Santos Coelho que refuerzan este grupo de siete oficiales de aviación. Son las 22.55. En las radios de los autos, sintonizadas en la frecuencia de Emissores Associados de Lisboa, la voz del locutor João Paulo Diniz anuncia: «Faltan cinco minutos para las veintitrés horas» y una canción de José Niza cantada por Paulo de Carvalho, «E depois do adeus» (Y después del adiós), el tema que Portugal ha llevado a Eurovisión. La canción ha quedado en último lugar —solo ha tenido tres votos de España— en el festival que se ha

celebrado el 6 de abril y que ha ganado el grupo Abba, pero a ellos les provoca una excitación singular. No por banal patriotismo, sino precisamente por lo contrario. Están a punto de realizar un acto heroico por su patria. Es el primer aviso para que las tropas que se van a rebelar se preparen en sus puestos y sincronicen relojes para cumplir sus misiones. Se disponen a ocupar Rádio Clube Português, en la rua Sampaio Pina, y a convertir esa emisora en el puesto de mando del MFA, el Movimiento de las Fuerzas Armadas. Alegres e inquietos, con esa sensación ebria de felicidad de los que están empezando a echar las cosas a rodar, salen de los coches y cinco de ellos se dirigen a un café restaurante, el Pisca-Pisca, en la rua Rodrigo da Fonseca, esquina de Sampaio Pina, cerca del Liceu Maria Amália. Queda poco para la medianoche del 24 de abril de 1974. Va a ser una noche larga, fría y ventosa, típica de la primavera lisboeta. En el café ya han recogido las sillas sobre las mesas y se disponen a cerrar. El grupo pide café. Uno de sus miembros pregunta a un camarero:

—¿Van a cerrar ya?

—Sí, señor, es preciso descansar, pues tenemos que abrir a partir de las ocho de la mañana. Mañana es día de trabajo.

—Quizá no lo sea —responde el cliente con una rara sonrisa—. ¡Y quién sabe si en el futuro incluso será un día festivo!

El camarero mira con extrañeza a esos clientes nocturnos que con esas frases realizan un guiño sobre algún acontecimiento que tendrá lugar al día siguiente y que será importante para ellos. No puede imaginar que resultará decisivo en la vida de todo un país. Café, café, para una noche que será larga, larguísima, todo un día entero espantando el sueño y dominando los nervios.

En el programa *Limite*, en Rádio Renascença, también hay nervios. El locutor de turno de esa noche, el joven Paulo Coelho, casi frustra la emisión de la segunda señal. No sabe lo que va a ocurrir esa noche y ha comenzado a leer la publicidad que ayuda a mantener el programa. Una publicidad con cafeína para esas horas sin sueño, de la International Coffee Company. Manuel Tomás, el técnico en el estudio, percibe el peligro de que los planes se frustren y simula un tropiezo para golpear la mano del técnico que está en los controles y apagar el micrófono. A continuación activa la cinta ya preparada y que ha sido revisada por el coronel

ensor que aguarda en el cuarto de al lado. Como piensa Albino, aquel programa *Limite* es el único del mundo que se paga a precio de oro a los dueños de la emisora y encima tiene a un militar que controla con celo las emisiones. Un leve teatro tiene lugar entonces, pues el censor, que ha salido de inmediato, se encuentra con la bronca que está recibiendo el jovencísimo Paulo Coelho, de dieciocho años, que no sabe qué falta ha cometido. No será el único teatro de la noche, en una función que comienza en ese momento y que acabará casi cuarenta y ocho horas más tarde. Una función que puede convertirse en tragedia, aunque finalmente se convertirá en una actuación de tranquilo y decidido heroísmo.

La señal musical por fin se emite por las ondas. Primero se escucha el párrafo inicial de «Grândola, Vila Morena», luego la canción, después otro párrafo y por último la lectura de «Geografía» y «Revolução solar», para terminar con la canción «Coro da Primavera». Una primavera que será histórica para todos o que supondrá su prisión, eso aún no lo saben, piensan con gravedad Albino y Tomás, que han pactado con los militares rebeldes que serán protegidos esa noche por una patrulla. Once minutos, la segunda y definitiva señal para que se inicie la revolución. El proceso se ha puesto en marcha y ya nada ni nadie podrá detenerlo.

Un proceso que tiene unas raíces muy largas. La situación militar y política creada en Guinea-Bisáu con su declaración de independencia en 1973 ha dado lugar a reuniones de capitanes y a la toma de posiciones colectivas. En septiembre de ese mismo año se produce una reunión en Alcáçovas de ciento treinta y seis capitanes del Ejército de Tierra, con el título de Restituir el prestigio de las Fuerzas Armadas, y se convertirá en una de las semillas del golpe militar.

En la marina la organización política de los jóvenes oficiales ha sido creada en 1970 y una reunión en diciembre de 1973 en Óbidos es importante para sensibilizar a los capitanes y que se movilicen hacia el cambio político. Lo que se está gestando es un golpe militar. Meses después, en mayo del 74, en Cascais, lo que los militares portugueses tienen claro es que debe haber un programa político que indique el camino hacia la democracia y no sea simplemente un cambio frente al poder. En las votaciones que se producen para encabezar ese golpe, los oficiales se decantan primero por el general Costa Gomes y luego por el general Spínola.

Los ministros de Defensa y del Ejército están al corriente del movimiento de los capitanes, surgido por su oposición a que los jóvenes milicianos, voluntarios, puedan incorporarse a la oficialidad con un pequeño curso y sin pasar por la escuela militar, una medida adoptada por las necesidades de la guerra colonial. El Gobierno, pues, conoce el movimiento y su rápida evolución desde una posición corporativa a una posición política. Incluso una delegación es recibida por Marcelo Caetano, jefe de Gobierno, y un decreto gubernamental intenta calmar el descontento, anulando disposiciones anteriores sobre los milicianos e incrementando sustancialmente los salarios. Pero ambas medidas solo sirvieron para reconocer la fuerza que, en efecto, los capitanes poseían. Por otra parte, la extrema derecha también conspiraba e incluso pretendía instrumentalizar el movimiento de capitanes para su beneficio. La suma de la guerra colonial y la inflación galopante, cerca de veinte por ciento en los tres primeros meses del año, decidió al colectivo a actuar.

«Llegamos a la conclusión de que teníamos el deber con la sociedad de hacer algo, porque si nosotros no lo hacíamos, sería la población la que lo haría. Teníamos la noción de que se estaba caminando hacia un precipicio que culminaría en una guerra civil y que el pueblo cogería las armas», declararía poco después el capitán Salgueiro Maia.

En marzo, el jefe de Gobierno organiza la ceremonia del «beso de la mano a la brigada reumática», como lo califican con sorna los militares. Todos los generales en activo acuden a rendir homenaje a Marcelo Caetano. Costa Gomes y António de Spínola se niegan y son represaliados.

Los planes se trazan intentando evitar los errores del pasado, como el levantamiento de Caldas da Rainha. El 16 de marzo de 1974, un grupo de oficiales spinolistas del movimiento de capitanes, como respuesta a Marcelo Caetano y también para anticiparse al programa político que estaba desarrollando el MFA, había intentado un levantamiento sublevando un regimiento de infantería en la localidad de Caldas da Rainha, a unos noventa kilómetros de Lisboa, con el fin de marchar sobre la capital del país. El levantamiento fracasó ese mismo día porque el resto de los militares portugueses no se unió y este hecho motivó al régimen de Marcelo Caetano a organizar una intensa campaña de represión y espionaje dentro del Ejército, ordenando detenciones y traslados de mandos a lejanas guarniciones. Los sospechosos, como Melo Antunes y Vasco Lou-



renço, son deportados a las Azores. Los responsables del MFA, que no ven viable una salida pacífica, deciden recurrir al golpe de Estado para derrocar al régimen. Pero necesitan asegurar un éxito rápido y evitar una guerra civil. Amplían su círculo de contactos y aceleran los planes de la revuelta para cubrir todos los aspectos y detalles que hagan imposible una reacción del Gobierno. De hecho, la fecha, prevista para el día 29, se adelanta cuatro días, porque tienen noticia de que un chivatazo ha puesto en alerta a la policía política, la temida PIDE, ahora llamada DGS (Dirección General de Seguridad) que está preparando una gran redada para detener a un millar de personas.

Volviendo a la noche del 24 de abril, no solo se ha previsto una primera señal musical, sino sobre todo una segunda, la confirmación de que todo se ha puesto en marcha según lo planeado. Al principio se ha pensado que suene la canción «Venham mais Cinco», de Zeca Afonso. Pero a las dos de la tarde del 22 de abril, a Albino le dicen que el «Ven más cinco» está prohibida por la censura y no se puede emitir. Ante ese hecho, y dado que los censores están alertas, se impone un cambio de táctica, bendecido por Otelo.

«Como soy del Alentejo, me acordé de “Grândola, Vila Morena” que también estaba en el tintero», recordaría años después Carlos Almada Contreriras, el capitán de la armada responsable de la información y las comunicaciones, que habló de esa canción con Otelo Saraiva de Carvalho, diseñador del plan de operaciones de la revolución. Otelo y Almada se encontraban entre el público que el 29 de marzo de 1974 asiste a un concierto de Amália Rodrigues en el Coliseu de Lisboa, en el Encuentro de la Canción Portuguesa. La censura solo permite que José Zeca Afonso cante dos de sus canciones: «Milho verde» y «Grândola, Vila Morena». El público le pide que repita una y otra vez «Grândola». El mayor lleva ya meses planeando una revolución que acabe con la dictadura e imaginando una insurrección perfecta, cuando escucha esa última canción. A Saraiva de Carvalho, como a Almada Contreiras, les gusta sobre todo uno de los versos del músico portugués: «O povo é quem mais ordena». Qué mejor señal para iniciar la devolución de la soberanía al pueblo. Lo comentan Otelo y los oficiales en un café en el que está también José Zeca Afonso, pero no le dicen nada al autor de «Grândola». El encuentro de la canción portuguesa es transmitido en

directo por el programa *Limite* de la Rádio Renascença, presentado por Carlos Albino.

Rádio Renascença era precisamente una de las tres emisoras portuguesas que se podían escuchar en todo el país. Las otras dos fueron enseguida descartadas por Carlos Almada Contreiras. La Emissora Nacional porque era del Estado, y además, en las primeras horas de la mañana solo pasaba música grabada, y Rádio Clube Português porque tenía una misión clara para aquella noche decisiva y aquel amanecer: comenzar a emitir los primeros comunicados del Movimento das Forças Armadas (MFA). Realizar una acción en esas emisoras podría levantar la liebre. Otelo ha realizado el plan para el golpe controlando y calculando sobre todo los movimientos de las fuerzas fieles al régimen con los militares conjurados que sirven en el Estado Mayor. En esos momentos se siente como Robin Hood, su personaje favorito de la historia. La seña y contraseña que utilizarán las fuerzas alzadas se cambian de «Fe inmensa en la victoria» y «Garantía mejor futuro» a «Coraje» y «Por la victoria».

Un día antes, en la Escuela Práctica de Transmisiones de Lisboa (EPT), montan escuchas permanentes en las redes de comunicación de la Guardia Nacional Republicana (GNR), así como en la Policía de Segurança Pública (PSP), al ministro y subsecretario de Estado del Ejército, al jefe del Estado Mayor y al ministro de Defensa. La EPT tiene además una comunicación directa con el puesto de mando de Pontinha gracias al montaje extenuante, dos días antes, de una línea telefónica de cuatro kilómetros en menos de veinticuatro horas, que es autorizada, sin saber su cometido, por el Estado Mayor.

—¿Están preparados? —pregunta Otelo, alias Tigre, a Salgueiro Maia, alias Charlie 8.

—Estamos preparados.

—Ahora solo hace falta la segunda señal.

El capitán Salgueiro Maia, aunque vigilado por agentes de la DGS, recibe la orden de operaciones dos días antes, a las 22.30 horas, cuando se le indica asimismo la canción que será la señal de partida. Un compañero de confianza le comunica que «ya va a llegar eso que estás buscando». Una vez que, con indecible alegría interior y un aumento de las pulsaciones, escucha la canción de «Grândola», el capitán Fernando José Salgueiro Maia se pone en marcha. Durante dos días ha dispuesto lo ne-

cesario, como la munición y la gasolina de los vehículos. En la madrugada del 25 de abril de 1974, en la Escuela Práctica de Caballería de Santarém, forma a su tropa en el patio. Es la 1.30 de la mañana. Invita a sus soldados a acompañarlo en el golpe que va a deponer a la dictadura y a entrar en la historia del país:

«Señores míos, como todos saben, hay diversas modalidades de Estado. Los estados socialistas, los capitalistas y el estado al que hemos llegado. Así, en esta noche solemne, vamos a acabar con el estado al que hemos llegado. De forma que, quien quiera venir conmigo, vamos para Lisboa y acabemos con esto. Quien sea voluntario, que salga y forme. Quien no quiera salir se queda aquí».

Algo ha cambiado en el Ejército portugués. Algo profundo, que en las siguientes horas, en los siguientes días, meses e incluso años, asombrará a la comunidad internacional. Salgueiro Maia no detiene a los reclutas que se puedan oponer a los planes del MFA, les invita a elegir con libertad.

El grupo de ocho oficiales de aviación del 10.º Comando, tras salir del restaurante Pisca-Pisca y escuchar la segunda señal, se prepara para tomar Rádio Clube. Llamen y les abre el portero, que se encuentra a los oficiales de aviación uniformados. Amaga diciendo que no son horas, pero el comando esgrime pistolas Walter en la mano. Enseguida, consumada la acción, se las guardan. La emisora es suya.

La rueda ya se ha puesto en marcha y los acontecimientos se precipitan. En la EPA, Escuela Práctica de Artillería, en Vendas Novas, un grupo de capitanes y tenientes detiene en su despacho al coronel que comanda la unidad. Ocupan la centralita telefónica, la de radio y controlan las entradas al cuartel.

En otra escuela, la EPAM, Escuela Práctica de Administración Militar, en Lumiar, Lisboa, los capitanes y suboficiales, que han tomado el edificio, se aprestan con sus soldados para ocupar los cercanos estudios de la Radiotelevisión Portuguesa en la Alameda das Linhas de Torres.

Una columna del 5.º Batallón de Cazadores de Campolide refuerza a los oficiales del comando que han tomado Rádio Clube Português. El Gobierno les corta más tarde la electricidad, no tienen teléfono y no poseen comunicación con el puesto de mando. Pero los rebeldes conectan el grupo eléctrico de emergencia y cumplen su objetivo de ser los primeros que anuncian la revolución a todo el pueblo portugués.

Otras emisoras son ocupadas. La Emissora Nacional, en la rua do Quelhas, en Lisboa, es tomada poco después de las 02.00 por una columna motorizada que llega desde el Campo de Tiro da Serra da Carregueira (CTSC). El puesto de mando, instalado en el 1.º Regimiento de Ingenieros, en Pontinha, coordina desde las diez horas las operaciones con el mayor Otelo Saraiva de Carvalho —alias Tigre— a la cabeza. Le acompañan ocho oficiales y tienen una rudimentaria emisora de radio. Entre las 3.15 y las 3.25 del día 25 llegan sucesivamente mensajes de que Mónaco, México y Tokio han sido tomados. Estos son los nombres en clave de Radiotelevisão Portuguesa, Rádio Clube Português y Emissora Nacional. Los capitanes saben que la guerra informativa es fundamental para ganar. Por ello, han priorizado los objetivos que les permitan dominar las comunicaciones y tener el control de la información.

Otelo, el niño Otelo que quería ser actor, piensa en esos momentos en su papel protagonista en los acontecimientos. Fue desviado de su vocación teatral por su abuelo, que le dio otro destino: el militar. Como oficial, sirvió primero en Angola y luego en Guinea-Bisáu, de donde ha regresado hace un año con la idea del golpe para derrocar al régimen. Tiene 38 años y durante tres semanas ha ido planeando la rebelión y durmiendo unas pocas horas en esas noches febriles.

Todo está funcionando según el orden del día de las operaciones programadas en ese plan que se revela casi perfecto. Otelo Saraiva de Carvalho cree en el éxito en doce horas con una probabilidad del ochenta por ciento, según escribirá más tarde. Además de una intensa actividad multiplicando los contactos con antiguos compañeros y conocidos, ha distribuido, en la tarde del día 23, los equipos de radio necesarios para garantizar las transmisiones de las tropas sublevadas y conseguir sus objetivos. En el grupo norte, esos objetivos consisten en controlar un segmento de la frontera con España, ocupando el Fuerte de Peniche y el Pide/DGS de Oporto. La columna del Regimiento de Infantería 10, de Aveiro, llega al Regimiento de Artillería Pesada, de Figueira da Foz, a las 3.40 y arresta al comandante. Pronto llegarán fuerzas del CICA 2, de Figueira y del Regimiento de Infantería 14, de Viseu. Otras unidades neutralizan otros objetivos: los cuarteles de la Legión portuguesa, las unidades GNR y PSP, las fronteras más cercanas, antenas de radio.

Las buenas noticias se suceden en el puesto de mando, en Pontinha. Tigre (Otelo) está satisfecho, pero no del todo. Aún el aeropuerto de Portela (Nueva York en clave) no ha sido tomado. En la hora H, las 3.00 horas, debería haber llegado la Escuela Práctica de Infantería (EPI), de Mafra, para tomar la torre de control, ocupar las pistas, prohibir el despegue y aterrizaje de cualquier aeronave. Uno de los temores de Otelo es que, en virtud de Pacto Ibérico que tienen Portugal y España, pueda el Gobierno portugués pedir ayuda al español y que este envíe aviones para tomar el aeropuerto y desembarcar tropas. Minutos de incertidumbre. Finalmente, el mensaje se recibe a las 4.20.

—¡Nueva York conquistada y controlada!

¡El aeropuerto de Lisboa está en manos de la revolución! El espacio aéreo se cierra, ningún aparato puede aterrizar o despegar. El tráfico se desvía hacia los aeropuertos españoles de Las Palmas de Gran Canaria y Madrid. La alegría en el puesto de mando es contagiosa. Ahora todo parece ir sobre ruedas. Más desde que, unos minutos después, a las 4.26, Rádio Clube Português emite el primer comunicado. En él se dice que el Movimiento de las Fuerzas Armadas ha tomado el poder en Portugal y ha depuesto al dictador para traer la democracia y acabar con la guerra colonial. Joaquim Furtado, el locutor de guardia que se ha sumado al movimiento, lee de forma solemne y grave:

«Aquí está el puesto de mando del Movimiento de las Fuerzas Armadas. Las Fuerzas Armadas portuguesas hacen un llamamiento a todos los habitantes de la ciudad de Lisboa para que regresen a sus hogares, donde deben mantener la calma. Esperamos sinceramente que la gravedad de la hora que vivimos no se vea tristemente marcada por ningún accidente personal, para lo cual apelamos al sentido común de los mandos de las fuerzas militarizadas, a fin de evitar cualquier enfrentamiento con las Fuerzas Armadas. Tal enfrentamiento, además de innecesario, solo puede acarrear graves perjuicios individuales que provocarían luto, crearían divisiones entre los portugueses y deben evitarse a toda costa. Sin perjuicio de la expresa preocupación de no hacer brotar la más mínima gota de sangre de ningún portugués, apelamos al espíritu cívico y profesional de los médicos, esperando que visiten los hospitales, para prestar su eventual colaboración, lo que es sinceramente deseado».

Sigue una canción portuguesa y luego marchas militares.

La ocupación de Lisboa está en marcha. A las 3.30, la columna de la Escuela Práctica de Caballería (EPC), en Santarém, sale por la puerta de armas. Está formada por diez vehículos blindados, doce vehículos de transporte, dos ambulancias, un *jeep* y un vehículo civil de exploración. En total, 240 hombres. Al frente está el capitán Fernando Salgueiro Maia, alias Charlie 8. Su objetivo final tiene el nombre clave de Toledo, y significa el Terreiro do Paço y los ministerios gubernamentales, en la ribera del Tajo. Salen un poco tarde según el horario previsto y, para compensarlo, aceleran la marcha. Recorren noventa kilómetros en dos horas, una gran velocidad para esos vehículos. Llegan al peaje de la autopista del Norte a las 5.30 y toman la segunda circunvalación en dirección a Campo Grande. Salgueiro Maia escucha en una de las radios a un patrullero de la PSP, la policía, informando a su comandancia del paso de la columna, impresionado por la cantidad de ametralladoras. Así recordó después el momento:

«Mientras escuchaba esta información, el *jeep* frena repentinamente y me encuentro detenido en el semáforo en rojo en el cruce de la Ciudad Universitaria. Miro hacia un lado y veo un autobús de Carris también detenido. Pensé que era demasiado detener la Revolución en un semáforo en rojo, cuando lo que distinguía a los autos de la MFA era un triángulo rojo en el lado izquierdo de los vehículos que cubría las placas».

El conductor del *jeep* se muestra respetuoso con las normas de tráfico. «¡Arranca, una revolución no se para ante un semáforo rojo!», le premia Salgueiro Maia que quiere entrar cuanto antes en Lisboa. Y ordena avanzar haciendo sonar las sirenas de las ametralladoras EBR hasta llegar a Terreiro do Paço, en la ribera del estuario.

A las 6.00 horas la columna llega por fin al lugar conocido en clave como Toledo, el corazón administrativo de aquel régimen. Los carros de combate rodean los ministerios, la división PSP está acuartelada en el Gobierno Civil, el Ayuntamiento, Marconi y el Banco de Portugal. El puesto de mando y la fuerza de intervención de Salgueiro Maia están ahora en el centro de la plaza y los constituyen el *jeep* del comandante, un Chaimite, y una ametralladora EBR. La primera parte de su misión se completa con éxito: alcanza su objetivo antes de que suene la alarma general.

Charlie 8, Salgueiro Maia, llama por radio a Tigre, Otelo Saraiva de Carvalho.

—¡Ocupamos Toledo y controlamos Bruselas y Viena! —nombres en clave del Banco de Portugal y Radio Marconi.

Mientras tanto, Rádio Clube sigue emitiendo comunicados. A las 4.45, se aconseja a las fuerzas militarizadas y policías regresar a sus cuarteles y esperar allí las órdenes que les transmita el MFA. A las 5.15 horas sube el tono y se advierte a las fuerzas represivas del régimen de que serán severamente responsabilizadas en caso de que se involucren en la lucha armada. A las 5.45 horas, un comunicado más extenso refuerza lo dicho en los anteriores y apela al civismo de todos los portugueses para evitar cualquier enfrentamiento armado. En los intervalos cantan José Afonso, Adriano Correia de Oliveira, José Jorge Letria, Francisco Fanhais, Luis Cília, José Mário Branco. Los portugueses, que se han dormido en la dictadura de Caetano, amanecen a otro estado, como si la primavera hubiera traído ese regalo de dignidad y fraternidad. Es un país nuevo el que se despierta aquella mañana, aunque sea en los cañones de los fusiles y los tanques.

Porque lo imprevisto sucede. A pesar de lo planificado por el mando rebelde, de las consignas de la radio de que la gente se quede en sus casas, el pueblo, cuando empieza a conocer la noticia, que se expande incontenible por toda Lisboa, se echa a la calle. Primero con desconfianza, luego con pasión, rodea a los militares, les felicita, les anima, les jalea. Les trae café, bebidas. Una especie de borrachera afectiva, emocional, parece flotar por doquier, inundar las caras plagadas de sonrisas, el corazón golpeando el pecho. No hay manera de parar esa marea humana que semeja estar en comunión con aquellos soldados jóvenes, con aquellos capitanes que no llegan a los treinta años, con aquel Ejército que por primera vez en muchos años comienzan a sentir como suyo.

Frente a ese nuevo amanecer, a ese nuevo día iluminado, surgen también las primeras sombras. Los guardianes del régimen empiezan a despertar en medio de lo que, para ellos, no es un bello sueño, sino una auténtica pesadilla, lo que puede ser el principio del fin. Las cafeteras comienzan a echar humo. Desde las 3.30 horas, en Oporto, el comandante local de la policía llama al Comando de la Guardia Nacional Republicana (GNR) para informar sobre la toma del Cuartel General de la Región Militar por parte de los rebeldes. Es la primera alarma, a la que suceden varias más, una cascada de comunicaciones por todo el país.

Las fuerzas gubernamentales reaccionan a su vez. Silva Pais, director de la PIDE/DGS (Policía de Defensa del Estado, Dirección General de Seguridad) telefona hacia las cinco de la mañana a Marcelo Caetano y le informa: «Señor presidente, la revolución está en la calle. El caso es muy grave. Los revoltosos ocupan las principales emisoras de radio y la televisión, y tomaron el cuartel general de la región militar de Lisboa. Cazadores 5 está con ellos». Pocos minutos después vuelve a telefonar: «Es indispensable que vuestra excelencia salga de casa con la mayor urgencia y vaya para el cuartel do Carmo que mantiene la GNR».

A pesar del levantamiento de Caldas y de los signos de que algo se estaba preparando, es sorprendente lo mal preparado que está el régimen para enfrentar un golpe de Estado. Como un castillo de naipes, aquel sistema que había durado cuarenta y ocho años se desmorona, minado por el desgaste, el cansancio, la ausencia de un claro futuro. Y han sido los militares, esa columna del Estado Novo que soportaba el «Dios, patria y familia» —en realidad las columnas que lo sostienen son el capital, la Iglesia y el Ejército—, los que le han dado el golpe de gracia. Pero algunas fuerzas aún permanecen fieles y esos coletazos pueden ser muy peligrosos, como todos saben.

El capitán de mar y guerra, Carlos Almada Contreiras, juega un papel decisivo en aquel amanecer a cargo de las comunicaciones de la Marina, dirigiéndolo todo desde un sótano del ministerio en el centro de Lisboa junto con otros oficiales de la armada. Es uno de los primeros en llegar a Terreiro do Paço, donde espera con ansiedad la llegada de la columna de Salgueiro Maia: «Sabía que la columna de Santarém venía para Lisboa. Estuve desde la madrugada y cuando llegaron a las seis de la mañana me sentí más confortado».

Poco después de las 6.00 horas, llega a Terreiro do Paço un pelotón de AML/Chaimites, perteneciente al 7.º Regimiento de Caballería, al mando de un alférez de la milicia que, tras hablar con Salgueiro Maia, se incorpora al Movimiento, de la misma manera que dos pelotones de Lanceros 2. Otros nueve soldados no han podido sumarse y permanecen encerrados en el Ministerio del Ejército, donde se han reunido urgentemente el ministro y miembros del Gobierno para intentar sofocar la rebelión. Cuando comprueban que las fuerzas enviadas para protegerlos se suman a los rebeldes, su desesperación les incita a la huida. Ordenan a los



soldados abrir con picos un hueco en la pared y a través de la biblioteca del Ministerio de Marina se dan a una vergonzosa fuga.

Quizá, piensan los altos mandos del Gobierno, solo sea una rebelión del Ejército y no de la marina. En el Atlántico, la fragata Almirante Gago Coutinho, como parte de un escuadrón de la OTAN, participa en el ejercicio Dawn Patrol que va a realizarse en aguas de Nápoles. El Estado Mayor de la Armada ordena a la fragata abandonar las maniobras, entrar en el estuario del Tajo y abrir fuego contra las fuerzas insurgentes que ocupan Terreiro do Paço. Alrededor de las 9.00 horas, la esbelta silueta de la fragata aparece frente al centro de Lisboa. Una batería de la Escuela Práctica de Artillería, de Torres Novas, sigue los movimientos del barco en Londres, es decir, en el cerro Cristo-Rei de Almada, sobre el Tajo. Se sabe que la potencia de fuego del buque de guerra puede causar grandes daños. Tigre le ordena a Charlie 8 que, además de alejar a los civiles, proteja a los soldados y los vehículos blindados, poniéndolos todos si es posible debajo de los arcos de la plaza.

Es una amenaza real, en la que confía el Gobierno portugués para aplastar a los revoltosos. El comandante de la fragata obedece parcialmente la orden, ordena al barco que se prepare para disparar, pero informa al Estado Mayor de que no puede hacerlo. Mientras tanto, el primer oficial intenta, sin éxito, explicar al comandante cuál es el compromiso de la marina con el MFA —la mayoría de oficiales de la Gago Coutinho han colocado los cañones en altura y no están dispuestos a un bombardeo que afectaría a la población civil—, pero el comandante no lo escucha. El Estado Mayor y el propio vicejefe del Estado Mayor insisten en la orden de disparar, aunque sea solo para demostrar de qué lado está la Armada. «Pero la orden no se cumple, porque la acción del segundo de a bordo, el artillero jefe, y las órdenes del puesto de mando del MFA, a través de un escuadrón de submarinos, logran neutralizar la situación, a pesar de que el comandante no ha aceptado la orden del puesto de mando del MFA de abandonar el lugar», relata por cuenta Martins Guerreiro.

En el golpe militar, la Armada cuenta con un Comité Coordinador con diez oficiales, bajo la dirección efectiva de Vítor Crespo y Carlos Almada Contreiras, además del teniente primero Manuel Beirão Martins Guerreiro. El 24 de abril, Almada Contreiras y Víctor Crespo han pasado por casa de Martins Guerreiro, en Algés, el punto de contacto y coordi-

nación del movimiento de la Armada, para coordinar los últimos detalles. Aquella noche del 25, en esa casa, todos se han puesto en movimiento al oír «Grândola», que les ha hecho abrazarse y saltar de alegría antes de partir cada uno a su puesto en aquella misión, sin duda la más importante de su vida. Aún con algo de ansiedad, Martins Guerreiro espera la confirmación de la conquista del primer objetivo; luego acude a su servicio, según lo acordado, iniciando la acción Avance. Ese punto de contacto pasa enseguida al cuartel de Pontinha, puesto de mando del MFA. Desde allí, el comandante Vítor Crespo, junto con el Centro de Comunicaciones de Armada a cargo de Carlos Almada Contreiras, actúan para anular la orden y la fragata acaba fondeando, hacia el mediodía, frente a Alfeite. Contreiras, desde su puesto en el sótano del ministerio, contesta a una llamada que hace una de las dos antenas que la OTAN tiene en suelo español, en Cádiz y el Ferrol. Alertados quizá por comunicaciones de otros barcos de la OTAN, la antena de Cádiz pregunta qué está pasando en Portugal y en Lisboa, porque les han llegado noticias de que hay revueltas en la capital. «No pasa nada, aquí está todo tranquilo», contesta Contreiras, ganando tiempo hasta que las noticias sean ya imparables. Piensa que a ver cuándo todo puede tranquilizarse, lo que significaría el triunfo del MFA, para poder visitar en el hospital a Pilar, su mujer, sin saber que está a punto de dar a luz. En esos días solo podrá pasar unos pocos momentos con ella y celebrar el nacimiento de su segunda hija. Se consuela pensando que todo lo que están haciendo es para dar un futuro mejor a sus hijos, en ese Portugal nuevo, más libre y más justo, que tiene que surgir de esa revolución.

«La ironía de la historia de la fragata Gago Coutinho es que el comandante no era un oficial adscrito al régimen —lo supimos después— ni confiaba en Spínola, pero por otro lado no confiaba en el movimiento de la Armada ni en el de los capitanes, hasta el punto de no aceptar información del primer oficial ni órdenes del puesto de mando del MFA en Pontinha» —recuerda Guerreiro.

Martins Guerreiro permanece en la Dirección de Construcciones Navales y coordina los contactos con las diferentes unidades de la Armada para neutralizar cualquier acción de la jerarquía contra el MFA, como las unidades de marines, que reciben órdenes de enfrentarse a los rebeldes. «Nosotros —recuerda el hoy almirante Martins Guerreiro—, el Mi-

nisterio de Marina, habíamos asumido el compromiso de neutralizar las órdenes del Estado Mayor de la Armada contrarias al movimiento militar del 25 de abril. Lo hicimos con éxito en los casos de la fragata Sacadura Cabral, el buque de reabastecimiento São Gabriel, en la Dirección de Armamento y Municiones Navales, la Escuela de Marina y la Fuerza de Marina cuyo comandante, el capitán de barco Pinheiro de Azevedo, se integró en nuestro movimiento y ordenó a los marinos que salieran para tomar la PIDE y la prisión de Caxias».

La sede de la PIDE no se había contemplado en los planes golpistas, quizá porque el Ejército de Tierra ha tenido muchos más contactos y se ha servido de sus agentes en la guerra colonial, cosa que no ha ocurrido con la Marina. Dentro de la Armada portuguesa, los que están en la conspiración habían hablado de adelantar la fecha de la revolución al 24, pero finalmente se decide que ocurra el 25, el día en que la escuadra de la OTAN parte de Lisboa. Martins Guerreiro tenía muy claro que había que evitar cualquier injerencia de la organización atlántica: «Nuestra preocupación era que en la calle, en la base, pudiera haber algún incidente con algún marinero de la escuadra de la OTAN, porque podía surgir un conflicto. El movimiento de abril tenía que ser una cuarta feria (miércoles) o una quinta feria (jueves), para que hubiera soldados en el cuartel, porque los fines de semana muchos se iban a casa a comer, lo que era promovido por el mando que así se ahorra comidas. Y fue la quinta feria, no la cuarta».

Mientras en el estuario del Tajo se dirime esta cuestión, unas voces y unos golpes llaman a la puerta de Carlos Albino poco después de las diez de la mañana del 25 de abril: «¡Carlos, es la Revolución, es la Revolución!». Aún somnoliento, por una noche de incertidumbre e intranquilidad, en duermevela, el periodista grita liberando su tensión: «¡Arrésteme!». Albino no puede creer que sean amigos los que llaman a la puerta. En esa tensa espera de la noche, los temores se han hecho presentes. Parecía que todo había fallado. La angustia crecía junto con aquel silencio que se había extendido por la ciudad como un manto pegajoso desde la medianoche. La promesa de que un pelotón de los militares rebeldes lo buscaría para ponerlo a salvo no se había cumplido: «Sentí que me faltaba el suelo bajo los pies. Yo prefería un pelotón de la PIDE o los antimotines, ambos serían señal de que el movimiento había funcionado.

Ahora, dejarme así en silencio, sin saber nada, dos o tres horas esperando la patrulla que me prometió el comando y no apareció, y luego llegar gritando a media mañana fue terrible. Solo podía ser un engaño de la PIDE. Esa mañana, incluso los árboles que se movían me asustaron terriblemente».

A lo largo de la noche insomne, Carlos Albino recuerda esos días de cierto entusiasmo, mezclados con temores y ansiedad, que comenzaron el pasado 22 de marzo cuando fue al aeropuerto a despedir al mayor Melo Antunes —al igual que otros oficiales insurgentes, como Vasco Lourenço, había sido deportado a las Azores, como castigo y prevención— y el mayor le dijo muy bajito que pronto lo necesitaría. «¡Serás contactado!», le asegura aquel militar que, a pesar de aquel revés, sigue perteneciendo al más importante grupo de militares empeñados en la revolución.

Y la revolución avanza, imparable, por la voluntad y el coraje de los capitanes de abril. Es el momento en el que surge el héroe. Un héroe tranquilo, seguro, que no quiere matar, sino vivir y que todo el mundo viva en libertad, en democracia. Es el momento del capitán Salgueiro Maia. La acción decidida, la asunción del riesgo de perder la vida, premia al elegido ese día por los dioses, el que encarna el corazón de todo un pueblo. Si todo Portugal está en convulsión, es Lisboa donde se dirime la batalla crucial, y aunque el estratega, el cerebro, sea Otelo Saraiva de Carvalho, el corazón, el alma, es el capitán Salgueiro Maia. En él se personifica el espíritu de aquel 25 de abril.

Tal y como escribió Otelo en *Alvorada em abril* (Amanecer de abril): «Salgueiro Maia será el oficial de las fuerzas del Movimiento más expuesto a situaciones de peligro y tensión a lo largo del día 25. Sin embargo, es capaz de afrontar con cierto optimismo dichas situaciones de responsabilidad, que resolverá y que harán que las preocupaciones del puesto de mando y la atención y el cariño de las masas populares se concentren en él y en las fuerzas del EPC que, desde Terreiro do Paço, no dejarán de acompañarlo a él y a sus hombres, elevando inmediatamente al joven capitán a las alturas de la primera estrella del victorioso MFA».

En el Terreiro do Paço se ha disipado un temor, el del bombardeo de la fragata Gago Coutinho. Pero los suspiros de alivio duran poco. De pronto aparecen en la calle del Arsenal cinco tanques M47 del Regimiento de Caballería 7 de Ajuda, seguidos por fusileros del Regimiento de

Infantería 1, de Amadora, y algunos soldados del PM de Lanceiros 2. Son las primeras y temibles fuerzas con las que el régimen de Caetano enfrenta la insurrección. El general de brigada Junqueira dos Reis comanda la columna leal al Gobierno y conmina a los rebeldes a rendirse. Los soldados de Salgueiro Maia se parapetan y se aprestan a un combate inminente. El joven teniente Alfredo Assunção se adelanta para hablar con el brigadier y este le propina tres puñetazos. Assunção no los devuelve, los encaja como puede y vuelve a sus posiciones. Entonces Salgueiro Maia dice a su joven teniente Alfredo Assunção que tome el mando. Guarda algo en su bolsillo y saca un pañuelo blanco que agita con sus manos en alto, gritando que va a avanzar a medio camino para encontrarse con el oficial que le enfrenta.

Son esos instantes los que deciden una revolución, una imagen que se fija y que luego pasa de mano en mano, de boca en boca, magnificada por los que lo vivieron, materia ya de película, grabada a fuego para la historia. Salgueiro Maia avanza con un pañuelo blanco y una granada en el bolsillo frente a la columna militar a la que se ha dado la orden de disparar contra él. Está en el punto de mira de los fusileros y de la torreta de los tanques. Cuando años después le preguntaron por qué llevaba la granada en el bolsillo, respondió que si él vencía y no le disparaban, habría ganado la revolución, pero que si él volaba por los aires, la revolución también habría ganado porque habrían hecho un mártir.

El capitán Maia se ha concienciado durante sus campañas en Mozambique y, sobre todo, Guinea-Bisáu, desde 1971 a 1973. Allí dirige un comando que se autodenomina Os Progresistas y que supera dos años de guerra sin una sola baja. Tiene una profunda convicción ética de la vida, ve el sinsentido de la guerra contra africanos que están luchando por sus países. Esa tranquilidad y la fuerza de sus convicciones le acompañarán toda su vida, pues sin saberlo, ya el héroe ha comenzado su camino hacia el olvido, molesto para unos y otros.

El general de brigada Junqueira dos Reis ve a Salgueiro Maia acercarse con un pañuelo blanco, le ordena que se retire hacia atrás con sus hombres y ordena al alférez Fernando Sottomayor que mande disparar sobre los rebeldes. Pero Sottomayor se niega y entonces el general de brigada le pone la pistola en la cabeza y le amenaza con pegarle un tiro. Ni aun así, con aplomo y en un rasgo heroico, el alférez da la orden. Jun-

queira dos Reis, que empieza a desesperarse, manda arrestarlo. Ninguno de los fusileros le obedece. Fuera de sí, Junqueira dos Reis se aproxima a uno de los cinco carros de combate para dar él mismo la orden. El cabo José Alves Costa lo ve llegar desde la torreta de su blindado M47. El general le pregunta a gritos si sabe manejar el disparador. El cabo, de formación católica y humanista, responde con cautela que no está seguro. Se niega a disparar a sus compañeros militares, no obedece una orden contra la que su conciencia se opone, lo mismo que ha sucedido con el alférez Sottomayor. Entonces, el mando le amenaza alzando la pistola: «O dispara o le meto un tiro en la cabeza». El cabo corre a resguardarse al interior del vehículo, donde se encierra.

«No voy a obedecer una orden de una persona con una graduación mucho más alta, porque no sé quién es, no lo conozco», piensa Alves Costa, que recuerda lo que el alférez Sottomayor ha dicho a la tropa al salir del cuartel: «Nadie abre fuego sin mi orden». Decide hacer caso a su superior inmediato, al que le ha visto desobedecer la orden de abrir fuego contra el capitán que permanece a una veintena de metros, enarbolando el pañuelo blanco. «Si abro fuego, destruiré muchas cosas, seres humanos. No soy de esa naturaleza. No soy de ese género», se reafirma, a pesar de saber que si la revolución fracasa, lo más seguro es que le sometan a un consejo de guerra y le metan en la cárcel de por vida.

Dos valores, lo mejor de un pueblo. El capitán enfrente, hijo de ferroviarios, con una bandera blanca, *sozinho*, respaldado tan solo por un puñado de hombres y varias tanquetas. Y el cabo, un hijo de agricultores de la provincia del Miño, del norte del país, negándose a disparar, como su alférez, que esa misma noche ofrecerá a aquel joven soldado una condecoración en el cuartel del regimiento, ya controlado por las fuerzas rebeldes. Condecoración que Alves Costa rechaza con cortesía y con firmeza antes de desaparecer del escenario de la historia: «Nada de héroe. Soy una persona humilde y con responsabilidad». Actuaron como él muchos de esos cinco mil hombres que hicieron lo que tenían que hacer y se retiraron después con generosidad y altruismo. Aunque meses más tarde muchos reivindicaran su papel, más o menos protagonistas. Salgueiro guardará para siempre la imagen de aquel cabo en lo alto de la torreta del tanque. Para él constituye «la insubordinación más bella de la revolución». Sabe que, por muchas cosas que ocurran aquel día, ahí se ha ganado el 25 de abril.

El enfrentamiento en Terreiro do Paço se produce entre dos fuerzas de caballería, las de la escuela de Santarém, comandadas por Salgueiro Maia, y las de Caballería 7 de Ajuda, que han sido movilizadas por el régimen. Una gran parte de las fuerzas gubernamentales abandona sus filas y se une a los rebeldes. Cuando Ferrand de Almeida y el mayor Pato Anselmo, los mandos que quedan tras la salida del brigadier, hablan con los insurgentes y se percatan de que son parte de la misma arma, no se entregan a Salgueiro Maia, sino que se dejan arrestar, porque un caballero no se rinde y la caballería no ataca a la caballería.

Otro gesto, uno más de esa revolución extraña que no se teñirá del rojo color de la sangre, sino del de una sencilla flor de temporada: el clavel.